

FILMS de AMOR

LOS OJOS DEL MUNDO



Num.
280

Címs.
25

Una Merkel - John Holland

Henry King

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 280

(EYES OF THE WORLD, 1930)

LOS SOLOS DEL MUNDO

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por

UNA MERKEL

Novelada por HARRY BALTYMORE

DISTRIBUCIÓN

ARTISTAS
ASOCIADOS

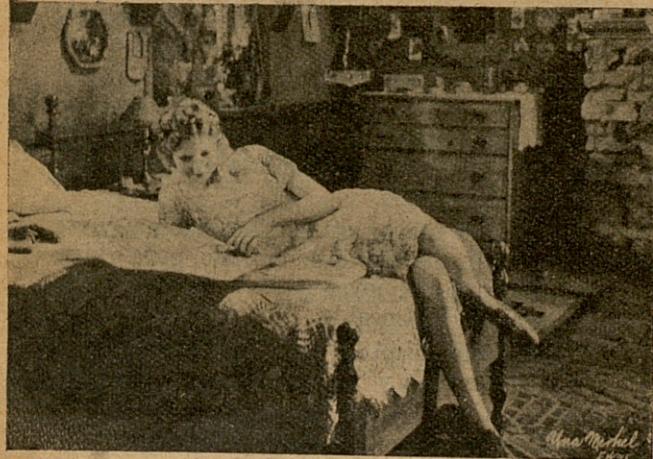
Rbla. Cataluña, 62-Barcelona



REPARTO

Gertrudis	UNA MERKEL
Aaron	John Holland
Sybil	Nancy O'Neill
Jaime	Fernad Andra

Argumento de dicha película



Gertrudis Taine, era una mujer de unos veinticinco años.

PRIMERA PARTE

En un aristocrática iglesia de California, una mañana, un sacerdote acababa de hablar sobre un tema tan mundano como el de la hipocresía, y después de terminar su sermón, se dirigió a los fieles diciéndoles:

—Olvidaba deciros, queridos hermanos, que nos ha sido donada una nueva pila bautismal por la señora Taine y su digno esposo.

Todos los feligreses que estaban en la iglesia se volvieron a mirar a la señora Taine y su marido, que recibieron aquellas miradas como un tributo a su acción.

Gertrudis Taine era una mujer de unos veinticinco años, extraordinariamente elegante y en su mirada había un algo misterioso,

casi podía decirse perverso, pero que ella sabía procurar con aquel sentimiento hipócrita que la elevaba a los de los demás.

Su esposo, Eduardo Taine, era un hombre de mucho más edad que ella, casi podía decirse que le doblaba la edad, cuyos millones le habían valido la satisfacción de haberse podido casar con Gertrudis.

El cura siguió hablando a los feligreses y terminó diciendo:

—Ultimamente el señor Jaime Rutledge, hermano de la señora Taine, hablará en la Prensa de tan importante regalo.

El muchacho a quien aludía el sacerdote sonrió ante aquella alusión del cura y afirmó con la cabeza, como dándole a entender que cumpliría su deseo.

Jaime era menor que su hermana y vivía con ella a instancias de su cuñado, para quien el optimismo del joven y su compañía parecían serle indispensable.

Cuando terminó la misa, los tres subieron a su automóvil y Jaime exclamó burlonamente:

—Conozco a una persona que ni arrastrada vendría a estas fiestas de iglesia.

Su hermana entendió la indirecta y salió inmediatamente en defensa del ausente, diciéndole algo incomodada:

—Si aludes a Aaron King, hace lo que le parece y nadie puede obligarle a venir.

—Llevas razón—murmuró el marido—. Ese King hace lo que le parece, pero a mis expensas.

—¡Es un gran pintor!—exclamó admirativamente Gertrudis—. Será un día la sensación de París, si sigue por el camino que va.

—Sí, sí—respondió su marido—; igual que el violinista del año pasado.

—Un carísimo amigo nuestro—respondió su esposa.

—¡Y tan carísimo! — murmuró irónicamente el señor Taine—. ¡Como que me costó diez mil dólares!

—Bueno, no discutamos—exclamó finalmente Gertrudis algo molesta por el giro que tomaba la conversación—. Lo que yo os digo es que Aaron hará mi retrato.

Y aquella noche, mientras que el joven pintor y Gertrudis paseaban por el jardín, en el otro extremo los dos cuñados hablaban amigablemente y el señor Taine le decía al hermano de su mujer:

—He descubierto un sitio ideal para veranear, Jaime.

—Yo creo—replicó el muchacho—que Gertrudis no veranea este año.

En aquel momento se acercó Gertrudis acompañada por el pintor y al ver a su marido le dijo extrañada:

—Te creía ya durmiendo, Eduardo.

El señor Taine, a quien le molestaba grandemente la compañía del pintor, se dirigió a él y le dijo con extraordinaria cortesía:

—El señor King, ¿nos excusa por un momento? Jaime le acompañará.

El hermano de Gertrudis se levantó para acompañar al pintor, mientras que su cuñado le decía a su esposa:

—Gertrudis, ¿por qué no quieres ir a la montaña, como me ha dicho tu hermano?

—Porque el señor Kink no le gusta el campo—respondió ella.

—Es que no había pensado en llevar al señor King con nosotros. Puede quedarse aquí. Le das algunas fotografías tuyas... y que las copie.

—Eso no puede ser—respondió su mujer, sabiendo el predominio que ejercía sobre su esposo—. Tienes que ser razonable y comprender las cosas.

—Lo único que comprendo, Gertrudis—siguió diciéndole su marido—, es que quieras, que no, vendrás al campo... y King se quedará aquí.

Ella le miró agresiva y le preguntó:

—¿Tienes ganas de reñir, Eduardo?

Cuando más tirante era la conversación entre los dos esposos, volvió Jaime acompañado del pintor y Gertrudis, corriendo al encuentro de éste, le dijo:

—Mi marido cree que usted pintaría mejor en el campo.

—En efecto—respondió el pintor, sin sospechar la discusión que acababan de tener los dos esposos.

—¿Ves, Eduardo, como tenías razón?—exclamó sonriendo Gertrudis.

El la miró como si se la quisiera comer con los ojos y le dijo irónicamente.

—Ya lo sabía, Gertrudis. Yo casi siempre llevó razón.

Gertrudis se cogió del brazo del pintor y mirándolo ansiosamente se alejó con él por el jardín, mientras le decía:

—Comprendo, Aaron, que querrá usted conocer a su modelo antes de pintarla.

—Le advierto—le dijo él galantemente—que el campo nunca me ha gustado.

—¿Entonces, no vendrá?—exclamó ella temerosamente.

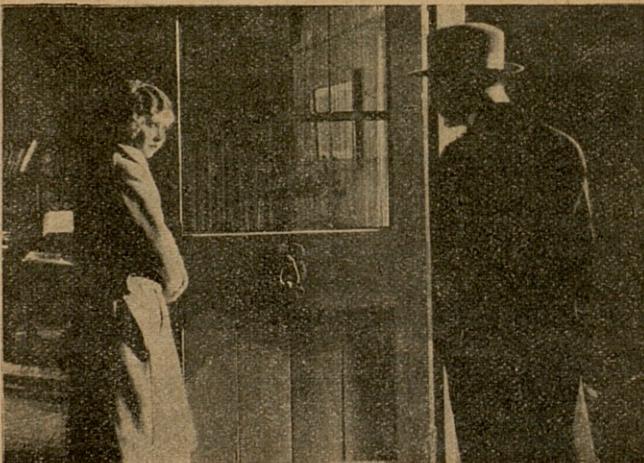
—No he dicho eso—respondió sonriendo el artista—. Le he dicho que nunca me ha gustado el campo, pero este año me encantará, estando cerca de usted.

Gertrudis lo acarició con la mirada y estrechando la mano del pintor, le dijo con voz velada por la emoción:

—Gracias, Aaron. Tiene usted el alma y el corazón de artista.

Al cabo de media hora se separaron y durante todo el resto de la noche ninguno de los dos esposos se atrevió a suscitar la conversación sobre la compañía del pintor.

Pocos días después, toda la familia acompañada del pintor se hallaban en el campo a la sombra de las montañas de California. Habían instalado varias tiendas de campaña cerca del palacio que poseía en aquellas tierras el señor Taine, y para hacer el veraneo más in-



—¡Gertrudis! ¿Estás levantada?

Tenso se pasaban allí los días y las noches, alejados de toda la etiqueta de la ciudad.

Llevaban allí algunos días, cuando una mañana Jaime se acercó a la puerta de la tienda donde dormía Gertrudis y la llamó diciéndole:

—Gertrudis, ¿estás levantada?

—No, es muy temprano—respondió su hermana—. Haz el favor de dejarme.

—¿Y Aaron, se ha levantado?

—No sé—respondió Gertrudis arrebujándose otra vez en la tapa de la cama.

Jaime fué a la tienda de Aaron y desde fuera le gritó:

—Aaron, ¿se levanta?

En vista de que nadie le contestaba abrió las cortinas que tapaban la puerta y vió que la cama del pintor estaba ya vacía. Sonrió maliciosamente mirando la tienda de su hermana, mas en aquel momento se presentó un criado diciéndole:

—El señor King se ha ido a pescar.

—Deme los gemelos. Iré en su busca—respondió Jaime.

Y provisto de sus gemelos se fué hacia el río para encontrar al pintor. Mas antes de llegar a él lo detuvo la aparición de una joven que se estaba bañando, no muy lejos de donde pescaba Aaron y esperó para ver si es que los dos jóvenes se conocían.

Al cabo de unos segundos, Aaron, al ir a tirar el anzuelo vió que caía junto a él una blusa de mujer y se volvió sorprendido. Vió a una muchacha, casi una chiquilla, que lo miraba sonriente y se acercó a ella, para ver si deseaba algo.

—¿Pesca usted algo?—le preguntó la pequeña, sonriéndole deliciosamente.

—Excepto peces, todo — respondió Aaron atraído por la belleza de aquella niña y sintiendo una viva simpatía por ella.

—No parece usted pescador—volvió a decirle ella.

—No lo he hecho nunca—exclamó riendo Aaron—. Soy pintor o mejor dicho, simplemente Aaron King. He venido a hacer el retrato de la señora Taine.

—¿Hará el mío también?—preguntó alegramente la joven.

—Lo haré, pero tenga en cuenta que dicen que un artista debe conocer a su modelo antes de pintarla.

—Yo soy Subil Lagrange—le dijo la muchacha—; mi padre escribe libros y vive aquí cerca. No salimos de aquí nunca.

—Está bien—le dijo el pintor, cada vez más entusiasmado con la compañía de la muchacha—. Cuando usted quiera le haré el retrato.

Subil miró entonces el reloj del pintor y exclamó sobresaltada:

—Son las ocho y cuarto y le prometí a papá ir temprano a almorzar. Usted me ha entretenido.

—¿Me permite usted que la acompañe?—le pidió él. Pero ella, haciendo un gracioso gesto, le respondió:

—No, prefiero ir sola. Adiós, señor King. Ya nos volveremos a ver.

Y como una gacela saltó por los peñascos, corriendo en dirección de su casa, mientras que Aaron la seguía con la vista, pensando que aquella chiquilla era la criatura más bonita que había visto y la más angelical.

Al quedar solo, Jaime se acercó a él y le dijo burlonamente:

—¿Con que pescando ropa blanca, eh?

El pintor sonrió a la pregunta de su amigo y respondió:

—Ya sabe que al que madruga...

—¿Y quién es esa Eva de este Paraíso?—preguntó curiosamente Jaime.

—Es la hija del novelista Lagrange. Viven cerca de aquí.

—Pues como el novelista te coja presenciando el baño de su hija...

—Te advierto que no lo he presenciado—respondió Aaron—. No me di cuenta de que ella estaba aquí, hasta el último momento.

—Pues has hecho mal—le respondió riendo a Jaime—. Un pintor debe verlo todo... Pero vámónos, que mi hermana estará impaciente por “nuestra” ausencia”.

Aaron, sin querer dar a las palabras de su amigo el verdadero sentido con que habían sido dichas, se dejó llevar por él hasta donde tenían instalado su campamento.

El retiro donde Conrado Lagrange vivía solamente para sus libros y para su hija estaba muy próximo al río y aquella mañana, el novelista pensando que su hija tardaba demasiado salió a la puerta de la casa, para ver si la veía venir. Vió que en aquel momento se acercaba una mujer, que procuraba cubrir

con un pañuelo de seda la mitad de su rostro y le preguntó amigablemente:

—¿Qué sucede, Myra?... ¿Parece que está muy emocionada?

—Esta mañana fuí al campamento de los Taine, esperando ver a mi hija—respondió ella.

—¿Y la vió?—preguntó otra vez el novelista.

—Vi a su hermano, a Jaime Rutledge. Es asombrosamente parecido a su padre.

El novelista sintió alguna intranquilidad por la llegada de los Taine y le aconsejó a la mujer:

—Piense que Gertrudis ignora que es hija suya... No se lo diga ahora después de 25 años.

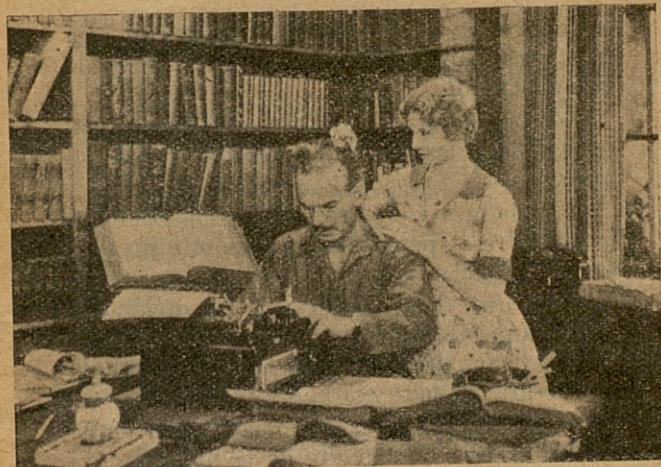
—Descuide—suspiró con tristeza Myra—. Yo misma me aparté de su vida para que fuese alguien en el mundo... Continuaré mi sacrificio hasta el fin, Conrado.

Sybil, que llegaba en aquel instante, se abrazó a su padre, sin fijarse que estaba allí Myra y le dijo:

—Papá, esa mañana he conocido a un hombre...

—También Myra conoció hoy a uno—le dijo su padre, para que se fijase que estaba allí.

—El “mío”—siguió diciendo alegramente la muchacha—es pintor, Myra. Dice que va a hacerme un hermoso retrato. Y dirigiéndose a su padre le dijo:



—Te preocupa demasiado esta novela.

—En seguida estará el almuerzo, papá.

—Adiós, Myra, y mucho cuidado con lo que se hace—le volvió a aconsejar el novelista.

—Adiós, Conrado — respondió ella—. Y Dios quiera que nunca sepa usted lo que es perder una hija.

La nueva novela en la que Lagrange estaba trabajando en aquellos días, reflejaba la vida de Myra, aunque para todos era aquello un secreto, incluso para Sybil.

Estaba el escritor escribiendo a máquina

un nuevo capítulo, cuando se acercó su hija y al verlo tan enfrascado en la escritura, le dijo sonriendo:

—Te preocupa demasiado esta novela, papá. ¡¡Cualquiera diría que la has vivido tú mismo.

—No la he vivido—respondió dolorosamente su padre—, pero conozco mucho a sus personajes, Sybil.

—Lo que debes hacer—siguió diciéndole ingenuamente Sybil—, es buscar un epílogo feliz para sus protagonistas. Hasta ahora todo son desgracias para esa pobre mujer.

—Es imposible—exclamó su padre—. El destino separa a la madre de la hija.

—Bueno, pues, comienza el nuevo capítulo. Ese que se titula “Hace 25 años”.

Su padre empezó a escribir un nuevo capítulo de la vida de Myra, y Sybil, por encima de su hombre iba leyendo lo que su padre escribía y que decía:

“Sobre la cuna había una preciosa niña, cuando entró Rutledge y Myra, mostrándose la, le dijo:

—Es como tú, Jaime: una Rutledge.

—Exacta—respondió el padre—. Mi nariz es larga, como la suya.

La chiquilla comenzó a llorar y la madre la dejó medio desnuda sobre la cuna, diciéndole a Rutledge:

—Trae el biberón, Jaime. Está en la mesa del comedor.

Salió él para traer el alimento de la criatura y entró una criada diciéndole a Myra:

—Hay una señora que desea verla.

Y antes de que Myra pudiera preguntar su nombre, entró una señora elegantemente vestida, diciéndole:

—¡Soy la señora Rutledger!

—¿La madre de Jaime?—preguntó asustada Myra.

—No, su esposa—exclamó la señora.

Myra sintió como si hubiese recibido un golpe en la nuca que la dejase sin sentido. Ella creía a Jaime soltero y esperaba casarse con él, cuando consiguiera vencer la hostilidad de sus padres, que según él no querían que se casase. Mas la presencia de la esposa le hizo ver todo el engaño de que había sido objeto y llamó a la criada para que llamase a Jaime.

Al entrar éste y ver allí a su mujer, comprendió la difícil situación en que se encontraba y no tuvo ánimos para decir nada. Fué su misma mujer quien dijo a Myra:

—El es padre de mi hijo y yo soy su esposa. ¡No consentiré nunca que mi hijo sea el hermano de este bastardo!—Y dirigiéndose a su marido, le dijo despectivamente—: ¿Qué esperabas?... ¿Creías que este delito iba a quedar en la impunidad?

Jaime Rutledge no encontraba palabras

con que justificar su conducta y su esposa, mirando altivamente a Myra, le dijo:

—¡Quédese con su amante, señora!... ¡Se lo cedo, pero con el rostro tan manchado como tiene el alma!

Jaime, al ver que su mujer sacaba un frasco de vitriolo, sin pensar en qué Myra estaba arrodillada junto a la cunita de su hija, se arrojó sobre su esposa para impedir que ésta pudiera arrojarle el venenoso líquido. Forcejaron los dos, hasta que unos gritos horrorescos les hicieron comprender que en la lucha el líquido contenido en el frasco había ido a caer sobre el rostro de Myra, quemándole toda la parte derecha de la cara, al mismo tiempo que algunas gotas habían manchado también la espalda de la inocente niña.

Myra, herida, fué conducida al hospital, en tanto que la esposa legal, para remediar el daño que involuntariamente había causado, se llevaba a la niña, a la que dió su nombre y un puesto en el mundo...

Pasó el tiempo. La madre de la niña hizo el supremo sacrificio de no volver a ver a su hija, pero, 25 años después, el Destino se la puso ante ella en las montañas de California...

Gertrudis, por su hermano, sabía el encuentro de Aaron y la hija de Langrage y sabía también que los dos se veían todos los días. Aquella amistad no era del agrado de

Gertrudis, que si lo había llevado con ella al campo, era para tenerlo a su disposición y no para que se enamorase como un tonto de la primera mujer que le saliera al paso.

Pero difiriendo de su pensar, Aaron aquella mañana, como otras muchas, estaba en compañía de Sybil, a la que le había hecho ya su retrato y viendo que la joven no desenvolvía el cuadro le preguntó:

—¿No mira usted el retrato, Sybil?

—Ahora, no—respondió ella coquetualmente—. Lo haré cuando llegue a casa, porque es tarde. Usted me hace siempre retrasar y papá lo va a matar.

—Un pintorcillo más o menos en el mundo, poco importa—respondió riendo Aaron.

—Para mí importa mucho—exclamó con ingenua franqueza Sybil, a la vez que se alejaba corriendo a su casa, deseando ver el retrato que le había pintado Aaron.

Entre tanto, en el campamento de los Taine esperaban a King para el aperitivo y Gertrudis, aprovechando la ausencia de su esposo, le dijo a su hermano:

—¡Ese King viene siempre tarde!... ¡Es desesperante!

—Es que hay ninfas en el bosque—respondió burlonamente Jaime.

—Quieres decir que está realmente interesado por la hija de Lagrange? — preguntó Gertrudis celosamente.



—¿Es bonita? —preguntó, sin poder resistir los celos.

—Puedes pensarlo tú misma. El es artista, ella es una flor... Dios los cría y...

—¿Es bonita? —preguntó, sin poder resistir los celos.

—No pude verle bien la cara—le contestó su hermano—. Estaba muy lejos de mí.

Callaron unos segundos, hasta que Gertrudis le volvió a decir:

—Oye, Jaime, debes ayudarme... Empezaremos por invitar al te a esos Lagrange...

—Pero si yo no los conozco, ¿cómo voy a

invitarlos?... ¿Quieres que les diga que estás celosa de esa chiquilla?

—¿Celoso yo?—exclamó despectivamente.—Me creas o no, lo único que me importa y me interesa de ese King... es mi retrato.

Jaime miró burlonamente a Gertrudis y sónrió al mismo tiempo que le decía:

—Sí, sí, ya me lo supongo... ¿Qué otro interés puedes tener? Pero no comprendo por qué quieres invitar a los Lagrange.

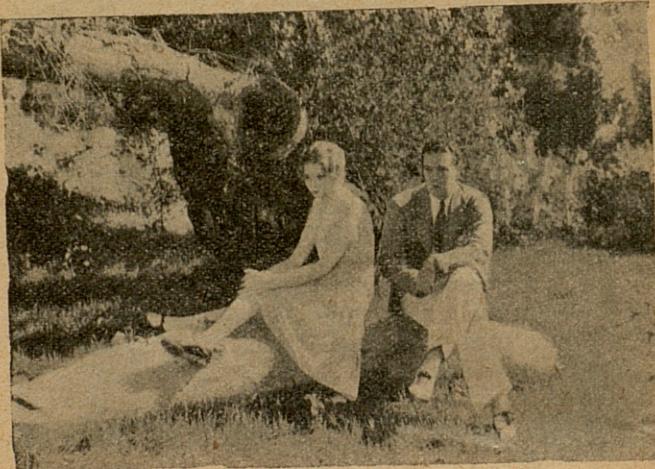
—Porque quiero que Aaron vea por sus propios ojos el ridículo papel que hará esa chica en sociedad.

—Bueno, estoy de tu parte una vez más—terminó diciéndole su hermano—. Cuenta conmigo.

Gertrudis, a pesar de los celos que sentía por la amistad de Aaron con Subil, supo disimular ante éste y siguió siendo para él la mujer de siempre. Estaba segura de que su belleza llegaría a conquistarla y para embrujarlo en los hechizos de sus encantos, aquella noche se quedó la última y obligó al mismo tiempo a Aaron a que le hiciese compañía. En los planes de Gertrudis entraba por mucho el sortilegio de la luna y amparados por su luz, anduvieron un rato hasta que Gertrudis le dijo:

—¿Cuándo hará usted mi retrato, Aaron?... ¿No es este cielo un hermoso fondo?

El pintor, comprendiendo la red que le tenía, se excusó diciéndole:



Gertrudis a pesar de los celos que sentía...

—Estoy estudiando aun a mi modelo.

—Pero su modelo tiene algo que decirle— le dijo Gertrudis, desarrollando toda su coquetería—. ¿No lo tomará a mal, verdad?

—Nada de lo que usted me diga puede molestarme— respondió galantemente el artista.

—Pues se lo diré sin rodeos. Es usted un joven muy indiscreto. ¡Flirtear con una chica cuando se baña, no está bien!

—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó extrañado Aaron.

—Un pajarito — le respondió ella sonriendo, al mismo que levantaba la cortina de la puerta de su tienda—. El mismo que puede contarle a mi marido que no estoy segura en mi tienda...

—¿Teme usted algo? — preguntó él, firmando que no entendía la invitación de ella.

—¿No debo temerlo? — preguntó a su vez Gertrudis coquetamente—. La previsión es una virtud.

—Lleva razón — exclamó él—. Debe usted ser prevenida... En el campo no se está muy seguro...

Ella, indignada al ver la frialdad del pintor, se despidió burlonamente diciéndole:

—¡Hasta mañana... don Juan!

—Hasta mañana — respondió Aaron.

Cada uno entró en su tienda, pero al cabo de unos minutos, el pintor volvió a salir, llevando un vaso vacío, para despistar en caso de que alguien le sorprendiese fuera de la tienda.

Procurando hacer el menor ruido posible atravesó la tienda donde descansaba el señor Taine y la de Gertrudis y se dirigió hacia el sitio donde estaba la casa de Lagrange, con el deseo de volver a hablar con Sybil.

No obstante el cuidado que puso para no despertar a nadie, sus pasos llamaron la atención del señor Taine, que se levantó para ver de qué se trataba. Salió fuera de la tienda y

al ver al pintor lo espió, temiendo que entrara donde estaba su mujer. Mas Aaron pasó de largo y Gertrudis, que había salido también al percibir acercarse un hombre, se ocultó para que su marido no la viera.

A la mañana siguiente el pintor y Sybil se hallaban juntos y la muchacha, dando rienda suelta a la alegría que sentía, se puso a bailar hasta que, finalmente, se sentó a los pies de Aaron y le preguntó infantilmente:

—¿Cómo me representará usted en el próximo retrato?

El la miró amorosamente y, levantándola hasta él, le dijo:

—Será usted un hada bailando en un rayo de luna.

Sybil lo miró cariñosamente y le respondió:

—Habla usted como papá escribe.

—Sí—le dijo nuevamente el pintor, sintiendo todo el amor que le inspiraba la muchacha—; pero él nunca escribirá todo lo que yo siento en este instante...

La chiquilla parpadeó curiosamente, sin poder comprender el sentido de lo que le decía su amigo, y éste volvió a decirle otra vez:

—¿No le han dicho a usted nunca que es muy bonita?

—Sí—exclamó ella—, papá me lo ha dicho muchas veces.

—Pues yo le diré eso y algo más — exclamó el pintor atrayéndola dulcemente hacia él.

En aquel instante se presentó Jaime y, sonriendo burlonamente, preguntó:

—¿Interrumpo?... No he tisido, porque eso está ya muy gastado...

El pintor se volvió a su amigo y se lo presentó a Sybil diciéndole:

—El señor es Jaime Rutledger, el hermano de la señora Taine.

—Tenía deseos de conocerla — le dijo Jaime— porque mi hermana, por mediación mía, me ha hecho el encargo de invitarla a usted a la fiesta que se celebrará en su casa.

En el alma hipócrita de Gertrudis, nació un plan para humillar a su rival y éste fué el de hacerla ir a la fiesta que daba en su casa, para ponerla en ridículo.

A aquella misma tarde, Gertrudis pretendía fascinar a la joven mostrándole sus vestidos que, finalmente le dijo, enseñándole uno de primoroso:

—Este es un vestido de baile... Aaron dice que baila usted admirablemente y se alegraría mucho si usted bailara en la fiesta benéfica que daré en mi casa, mañana noche.

—¡Sería encantador! — exclamó alegremente la muchacha—, pero papá no me dejará.

—Ya encontraré yo el medio de convencer a su padre — respondió Gertrudis.

Y la influencia hipócrita de Gertrudis con-

siguió que, por primera vez, la chiquilla le mintiese a su padre, con el fin de poder ir a la fiesta que daba la señora Taine.

Ajeno el padre del lugar donde estaba su hija, aquella noche hablaba amigablemente con el guardabosque y le decía:

—Myra está enferma.

—Cuando me vaya a casa pasare por allí, por si necesita algo — dijo el guardabosque.

—No es preciso — le contestó el novelista.
—Sybil me ha dicho que pasaría la noche con ella; por mí hija me he enterado de la enfermedad.

Mas, aun no había terminado de decir esto cuando se presentó Myra y Lagrange le preguntó alarmado.

—Y Sybil?

—No vengo a hablar de Sybil — exclamó indignada Myra, mostrándole unos cuadernos que llevaba en la mano—; vengo a hablarle de esta novela que está usted publicando... ¡Es mi vida... mi vida!

Pero el novelista, sin poder escuchar las quejas de aquella mujer y pensando solamente en su hija, le dijo:

—Sybil me dijo que usted estaba enferma y que iba a cuidarla.

—Pues ha mentido — exclamó Myra—. Sin duda alguna, hombre habrá por medio... ¿Tal vez esté con ese pintor en casa de los Taine?

Lagrange no lo pensó más y, dirigiéndose al guardabosque, le preguntó:

—Brian, ¿cuánto hay de aquí a casa de los Taine?

—Yendo por el atajo, podemos llegar en dos horas.

Inmediatamente montaron a caballo y cuando estuvieron a punto de partir, Myra le recomendó al novelista.

—Cuidado, Lagrange! Un escándalo hace a veces más daño que un revólver!

Entretanto, en la casa de Taine, ya había dado comienzo la fiesta y al terminar uno de los números se anunció que el siguiente sería el de la señorita Lagrange, que ejecutaría varios bailes.

Gertrudis, desde su asiento, esperaba el momento de la actuación de Sybil, segura de que el ridículo haría que Aaron cambiase por completo sus sentimientos hacia la joven. Su hermano que estaba a su lado, le dijo en voz baja:

—Aaron parece contento esta noche. Tu plan para humillar a esa muchacha no fracasará.

—Dentro de poco—le respondió su hermana sonriendo malignamente—verás a esa muchacha en el mayor de los ridículos.

Se levantó para ir a buscarla y la encontró con Aaron que también había ido en su busca y que le preguntaba:

—¿Estás nerviosa, Sybil?

—Un poco — respondió la joven sonriéndole.

—No tengas miedo — la animó él—; triunfarás ahora... y cuando interpreten la marcha nupcial...

—¿Y cuándo será eso?—preguntó ella.

—Será, cuando sea mi esposa — respondió el pintor.

La joven bajó la vista ruborosa y el pintor insistió preguntándole:

—Nunca me lo había pedido — contestó quedamente ella.

—Bien... pues ahora se lo pido.

Antes que Sybil, pudiera contestar afirmativamente, llegó a ellos Gertrudis y, mirando a la muchacha, le dijo:

—Está usted preciosa Sybil... ¿No es verdad, Aaron?

—Eso mismo le estaba diciendo yo — respondió el artista.

—Aaron — le dijo Gertrudis, deseando quedarse a solas con la joven—, ¿quiere decirle a Eduardo que Sybil va a empezar?

—Con mucho gusto — respondió el pintor, alejándose de las dos mujeres.

Al quedar solas, Gertrudis, fingiendo un gran cariño por Sybil, le dijo a ésta:

—Un consejo, querida... No debe usted hacer caso de Aaron.

Sybil se sublevó contra aquel consejo y exclamó:

—¡Es extraño!... ¡A usted no le parece bien nada de lo que yo hago! Yo tengo confianza en Aaron. Ahora mismo me pedía si quería ser su esposa...

Gertrudis sintió el dardo de los celos clavado en su corazón, pero su hipocresía la permitió sonreír y decir a la joven:

—No lo crea, querida... Aaron interpreta con usted una comedia, porque a la mujer que él ama es a mí... La pasión que le finge es para que nadie sospeche de su verdadero amor.

Después de haber encendido aquel volcán en el pecho de la inocente joven, Gertrudis la dejó con su hermano, que había llegado al final de la conversación y Sybil, desilusionada por el engaño de que se creía víctima, exclamó:

—Me iré à mi casa. He engañado a mi padre por culpa de su hermana y quiero estar allí antes de que me eche de menos.

—Hizo usted mal en decirle a mi hermana que esaba enamorada de King—le dijo Jaime.

—¡Pero, si es verdad! — exclamó ella—. ¿Qué mal hay en decir lo que se siente?

—Lo sé, pero comprenda... El no hace más que pasar el tiempo con usted.

—Nunca le creí capaz de eso — exclamó Sybil—. Me voy a mi casa.

—Póngase un abrigo y yo mismo la llevaré en mi coche — le dijo Jaime, encantado de aquella compañía.

Segundos después, los dos jóvenes marchaban camino de la casa de Lagrange, perseguidos de King, que se había dado cuenta de la fuga de Sybil.

Poco después, una criada entró en el salón donde estaban Gertrudis y su esposo y les dijo:

—Dos hombres, que parecen policías, preguntan por la señora.

—¿Quiénes son? — preguntó el marido.

—Ya les digo que parecen dos policías.

Gertrudis miró alarmada a su marido y éste le dijo burlonamente:

—No temas, Gartrudis. La ley ampara a los hipócritas.

Seguidamente aparecieron el novelista y el guardabosque y, el primero de ellos, les preguntó:

—Vengo a buscar a mi hija... Señora, usted no tiene derecho a invitar a mi hija sin mi consentimiento.

—Yo no la invité — respondió afablemente Gertrudis —, fué el señor King, pero no tema por ella. Mi hermano la acompaña a su casa. Ya deben estar cerca.

—Disculpen mi ansiedad, señores. Quería saber de mi hija.

Fué a salir, pero Gertrudis le dijo a su marido:

—Eduardo, enséñales la puerta principal... Ustedes no deben salir por la de los criados.

En cuanto ellos se fueron, Gertrudis llamó a una criada para ordenarle que buscasen al señor King y le dijeran que le esperaba.

—El señor King — le respondió la sirvienta — ha salido poco después que su hermano.

—Pues encarga a Williams que prepare en seguida mi coche, que voy a salir.

Y poco después, Gertrudis, a toda marcha de su coche, corrió tras los que la habían precedido.

Al llegar a la casa Jaime y Sybil, ésta llamó a su padre, y en vista de que no le respondía, Jaime le dijo:

—No la dejaré hasta verla segura con su padre.

Sin saber por qué motivo, Sybil sentía cierta molestia, más bien cierto temor, al lado de Jaime y le respondió para librarse de su compañía:

—Probablemente estará dormido. Puede marcharse.

—De ningún modo — exclamó Jaime, cerrando la puerta tras él —. Seguiré esperando.

—¡Váyase, por favor! — exclamó ella angustiosamente.

Mas Jaime, en vez de marcharse se acercó a la muchacha, la estrechó en sus brazos y forcejeó con ella, pretendiendo besarla.

La casualidad quiso que Myra llegara en

aquel momento y trató de abrir la puerta sin conseguirlo. Entonces vió que llegaba Aaron y le dijo:

—Ahí dentro está Jaime y pretende ofender a Sybil. Salte por la ventana.

Así lo hizo Aaron y, al ver que los dos jóvenes luchaban, separó violentamente a Jaime, que le miró indignado diciéndole:

—¡Ahora no te protegerá mi hermana!

Cogió una escopeta que el novelista tenía colgada en la pared y Aaron se abalanzó sobre él para impedir que disparase.

Poco después entró Gertrudis y, cuando Aaron había dejado tendido en el suelo a su enemigo, se volvió a buscar a Sybil que había huído asustada. El pintor fué a salir en su busca, pero Gertrudis pretendió detenerlo; diciéndole:

—No se vaya Aaron, le perdonó.

—Voy a buscar a Sybil — exclamó él rechazándola.

Ella le miró amenazadora y le dijo nuevamente:

—¡Te juro que destruiré tu porvenir!

—¡No lo hagas! — exclamó Myra, que estaba en la puerta presenciando cuanto ocurría en el interior de la casa.

Gertrudis se volvió airadamente a ella y le preguntó:

—¿Con qué derecho me tutea usted?

Myra la miró cariñosamente y suspiró con tristeza:

—Algún día lo sabrás.

Pero el tono con que le hablaba aquella mujer intrigó a Gertrudis que volvió a decirle:

—¿Por qué me habla usted así?... ¿Quién es usted?

Myra se quitó el pañuelo conque cubría parte de su rostro y le dijo:

—Mira, las mismas señales que tú tienes en la espalda. Nos las hicieron el mismo día.

La duda que tenía Gertrudis respecto a su verdadera madre, se confirmó con la afirmación de aquella mujer y bajó la vista diciéndole:

—Perdóname... no sabía lo que me hacía.

—El cielo ha tocado en tu corazón, hija mía — le dijo amorosamente Myra —. En la venganza no hay nunca alegría, sino en el sacrificio.

Poco después, el hermano de Gertrudis se levantaba del suelo y salió de allí diciéndole a su hermana:

—Cuando necesites ayuda, búscate otro que no sea tan fuerte.

En aquel momento Lagrange y Brian, que habían encontrado a Sybil, volvían con la joven y, al ver allí al pintor, el novelista le dijo:

—¡Sybil! — exclamó el pintor —. No haga usted caso de lo que le hayan dicho. Sola-

mente yo le digo la verdad y ésta es que la amo.

Entonces, Gertrudis, se acercó a la joven y le dijo:

—Perdóname Sybil, le mentí cuando le dije que Aaron no la amaba. Es a usted a quien únicamente ama.

La muchacha se volvió rápidamente a donde estaba el pintor y, sin poderse contener se hechó a sus brazos, mientras que Gertrudis le decía a Lagrange:

—Ya sé quién es la mujer del velo...

—Yo — respondió Lagrange sin saber qué decir.

—No se excuse. Soy yo la que debe excusarse por haber venido a su casa, sin su permiso. Pero mi visita hace posible un buen final, para "nuestra novela". Mírelo.

Señaló a Sybil y a Aaron que estaban tiernamente enlazados y Lagrange, como dando su aprobación a aquellos amores, respondió:

—¡Así será!

FIN

Selección de Films de Amor



La novela
predilecta
de las bellas



AMENA
SENTIMENTAL



ARTÍSTICA
AMOROSA



los mejores títulos
los mejores artistas

50 céntimos tomo



PEDIDOS A EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona